

## CASTELAO

Me quedo corto al felicitarles por el trabajo realizado sobre «Galicia y Castelao». Se ha tardado demasiado en dar a conocer los valores de las personas que amaron a su país más por la reacción ante las heridas infligidas por otros a su «terriña», que por el cariño innato a la misma. Ya el cariño implica la reacción. Castelao ha sido realista. No se imaginó a Galicia: la vio, y todo aquel que la vea sin apasionamiento reaccionará de la misma forma que el gran escritor. ¿Por qué relegamos a quien ama lo suyo sin odiar lo de los demás? La uniformidad es fría, plomiza. La pluralidad es vital y activa. Tierras y hombres. No tierra y hombre. ■ **JUAN JOSE SANDE SUAREZ** (Cangas de Morrazo, Aldán, Pontevedra).

## BODAS GRATUITAS

Carandell incluía en su sección «Celtiberia Show» (número 449) un comentario titulado «Los reinos de Tasas», en el que se aludía a las 5.000 pesetas que hay que entregar al Consejo de Investigaciones Científicas por la utilización del claustro de la iglesia del Espíritu Santo, para el «guateque» ofrecido a los invitados a una boda. La información era exacta, pero la redacción podía inducir a confusión, pues en el parrafo inicial parecía decirse que casarse en la iglesia del Espíritu Santo cuesta cinco mil pesetas. Como responsable del Comité de Información de la comunidad de dicha iglesia, y dado que todos los fieles asistentes decidimos en el sentido de que las bodas fuesen gratuitas, quisiera puntualizar que el permiso de utilización del claustro, que es donde se celebra el «guateque», previo pago de las cinco mil pesetas, no depende de nosotros. Es, por desgracia, una de las contradicciones que tiene que vivir una comunidad que trata de vivir ese cristianismo que, como ha dicho muy bien González Ruiz, nos debe llevar al autosuicidio como clase. Casarse en el Espíritu Santo, pues, no cuesta nada. ■ **CARLOS GORTARI** (Madrid).

## NUEVA CULTURA

Me parec que M. J. R., en «La nación de Woodstock»

(número 452), peca de buena voluntad. Es casi seguro que vamos hacia formas nuevas de entender la vida, pero que éstas pasen por Woodstock y el «rock», son de dudar. Y que ese posible mundo futuro sea del dominio del amor, o algo así, entra ya en el puro soñar (...). Creo que un sólo hecho amoroso vale mucho más que mil canciones bellas y prometedoras sobre el amor, y que a éstas, aparte de su interés como música, que lo tiene, no debe dársele ninguno más, pues se corre el riesgo de espejismos, y de lanzar a muchos al consumo de dis-



cos y revistas especializadas, creyendo hacer otra cosa. Que las palabras hermosas, compuestas por hombres hábiles, no nos desorienten, como tantas veces lo han hecho a lo largo de la Historia. Así, que de «nueva cultura», nada, ¿eh? Que ya conocemos esa cultura con distintos nombres y ropajes. Y hablando ya de otra cosa, mi despertador suena a la hora en que muchas «boites» cierran sus puertas y salen de ellas gentes hartas de música de la «nueva cultura» y de hacer el amor. ■ **GERARDO GÓMEZ RUIZ** (Madrid).

## CARITAS Y CARIDAD

Reyes Madoell es una mujer barcelonesa procedente de un barrio «bien» y de gente «bien». Estudió para asistente social, y, con el título en el bolsillo, buscó trabajo para desarrollar su profesión. Se colocó en Cáritas Diocesana y descubrió el sordido ambiente de las chabolas, de los barrios periféricos, allí «donde la ciudad pierde su nombre» y en donde la miseria aguarda en cada esquina y se esconde tras de cada puerta.

Comprobó que la visión del mundo que le había sido inculcada no correspondía a la realidad. Se percató de que la moral acomodaticia de su an-

terior ambiente estaba vacía de ética, que era una simple convención que ya estaba degenerando en ficción. Y, volviendo a la convicción, al natural sentido de consecuencia, creyó que nada ilícito hacía al contraer matrimonio en forma civil. Lo permite la Ley y debe ser un derecho básico para el que quiera evitar la imposición de una ceremonia que, si está revestida de sacralización para el creyente, carece de sentido para el agnóstico y le obliga al fingimiento, cuando no a la impostura.

Los dirigentes de Cáritas Diocesana no lo entendieron así y, sin más ni más, la despidieron. Alegaron, al parecer, que un organismo intrínsecamente confesional como Cáritas no podía tolerar que una empleada suya —cuya obligación profesional, conviene tenerlo en cuenta, no era la de hacer apostolado— no acatará una ley que sólo debería ser válida para la persona que profese la fe católica.

Hasta aquí, el hecho. Caben, ante él, muchas reflexiones, si bien todas ellas serán amargas y tristes. Hay que retrotraerse casi a los tiempos de los Reyes Católicos para hallar tan manifiesta muestra de discriminación, si bien se practique solapadamente en nuestra época. Por lo menos, Cáritas ha tenido el valor de quitarse el antifaz. Me pregunta, empero: ¿Qué clase de ideas manejan estos señores? ¿Dónde están sus sentimientos cristianos, su sentido evangélico? ¿Cuál es el concepto que tienen de la caridad y de la justicia? ¿O es que creen que basta el mecánico y frío reparo de leche en polvo o de turrón para resolver el tremendo problema de la injusticia social que pulula entre nosotros y en otras partes? ■ **FERRAN PLANES** (Barcelona).

## LETRISTAS FLAMENCOS

La carta del número 453, sobre la renovación del flamenco, viene, a mi juicio, cargada de cuestiones en las que sería necesario pararse un poco (...).

No comprendo lo que el señor Pantoja entiende por arte cuando dice «... unir a una determinada melodía unos versos de protesta social basados exclusivamente en la temática del lenguaje significa

la ruptura con el arte»; o, también, que se deben cantar «... cosas que afectan a nuestro tiempo...», «... pero caminando siempre encariñado, hermanado con el arte...». Pone este señor en duda la compatibilidad entre decir cosas importantes y hacer arte. ¿Qué es lo que pretende un arte por el arte? Por lo visto no sabe que el arte, el verdadero arte, el que perdura, es aquel que ha surgido de unas verdaderas necesidades sociales, en las que el artista refleja en su obra los anhelos y aspiraciones de la sociedad en que vive. En el caso concreto del flamenco habría que distinguir entre el letrista y el cantaor; hoy día este último es un mero recitador de poemas (aunque de vez en cuando un recitador genial). El letrista ya no es un cantaor, sino un «poeta». Entonces, si lo que pretendemos es que el flamenco diga algo, no sólo tendremos que dirigir la vista al cantaor (que al fin y al cabo canta lo que quiere), sino también al «poeta». Pongo la palabra poeta entre comillas, porque desgraciadamente los letristas flamencos, aunque se titulen a sí mismos poetas, no dicen nada. Alberti pregunta: «¿qué cantan los poetas andaluces de hoy?». Yo le contestaría, refiriéndome a los letristas flamencos, que nada en absoluto.

Estoy hablando de todo esto, porque el firmante, después de su nombre, pone: «De la Cátedra de Flamencología de Jerez», por tanto es responsable en parte de lo que está sucediendo. La Cátedra de Flamencología de Jerez está llena de «poetas» que tratan de sacar nuevos valores del canto y premiar a consagrados. Ejercen sobre ellos una extraña especie de mecenazgo a caballo entre el clásico «señorito» jerezano y el intelectualoides de las tertulias de los casinos menos señoriales de Andalucía. Generalmente, estos cantaores dicen letras de los poetas citados; por tanto, señor Pantoja, lo que deberían hacer todos los de su grupo era darles letras que dijera algo, que, por supuesto, nunca puede ser incompatible con el arte flamenco (...). ■ **MANUEL MONTESINOS TOSCANO** (Málaga).

## SOBRE UN «ANUARIO-GUÍA POSTAL»

En relación con la publicación y venta de un «Anuario-Guía Postal y Telefónica», que se oferta a 5.000 pesetas por ejemplar, la Dirección General de Correos y Telecomunicación significa que dicha publicación es totalmente ajena a los servicios postales y telefónicos nacionales y provinciales.

# POLÉMICA

## SEVILLA: CARTA DE GROSSO A CARANDELL

El 21 de marzo de 1961 salí de Sevilla —por imperativos de sobre conocidos para insistir ahora sobre ellos— y fijé mi residencia en Barcelona, donde permanecí algo menos de un par de años. Aquel mismo verano (1961) pasó un largo fin de semana en tu casa de Reus, decimonónico palacete con jardín francés —como escapado de una novela de Carpentier—. Allí, en la hermosa biblioteca de tu padre, encontré casualmente tu libro de viaje por Oriente; libro, por cierto, excelente, «esperanzador de más altas, ya que no lejanas, singladuras», como me

comentaría semanas más tarde un grave ateneísta barcelonés, impenitente lector tras los cristales de la Docta Casa, abiertos a la panorámica de la necrópolis y a los cienicientos cipreses de la plaza de la Villa de Madrid. A las excelencias del relato vivo y palpitante, y a su lectura se unía —durante mi estancia en Reus— tu aristocrática hospitalidad, mejor dicho, la de los tuyos, ya que te encontrabas por entonces, creo recordar, en Tokio. El caso es que pasó cuatro y cinco días en Reus y que salí de la ciudad encantado de tu casa —arrayanes, olivos, surtidores, cupidos y delfines— y maravillado de tu libro, ya raro ejemplar, que no he logrado más tarde encontrar para incluir entre los pocos volúmenes realmente apreciados

# POLÉMICA

de mi —comparativamente— modesta biblioteca.

Poco menos de dos años, ya te digo —tras un fallido intento de cruzar la frontera por Andorra (cincuenta duros en coche de alquiler desde La Puñalada)—, residí en Barcelona, y, aunque ganó mi corazón, la visito con asiduidad y estoy vinculado a ella editorialmente, me sería difícil —empeño del que desisto— enjuiciarla tan a la ligera como tú has hecho —permaneciendo en ella apenas una semana— con otra de las raras y verdaderas ciudades de nuestro país: Sevilla.

¡Qué fácil resultaría para mí, por ejemplo, escribir que Barcelona es una farisaica ciudad (por haber sabido conjugar —sin mayores detrimentos— el pan con tomate con el *scotch*; las más rancias y venerables tradiciones con las *noches de vino y de rosas*; las escapadas a Perpiñán —para ver la última cinta de Sempérn—; con el rosario en familia recomendado por el padre Peyton; los endecasílabos con los *Bonos de Caja* convertibles; la discriminación, a escala peninsular, de los emigrantes andaluces y, a nivel africano, de las criadas llegadas de la antigua Guinea española con la indiscriminación —a la hora de oír «jazz» o hacer el amor— de los artistas —preferentemente en tránsito— de color que pasean las Ramblas y provocan inconfesables pasiones en las devotas matronas y en las emancipadas adolescentes de ciertos sectores de la alta burguesía en las noches de plenilunio; las monchetas con el «gin-tónico»; las chabolas de Casa Antúnez con —a dos pesos— los suntuosos yates de Club Náutico; la devoción hacia el Padre Claret con las otras escapadas —a las cinco en punto de la tarde— a la *Ca-sita Blanca*; los gigantes y cabezudos de las fiestas de la Merced con *Bocaccio*), pero no lo hago por una simple razón, porque eso no creo que baste —ni sobre— para dar la medida exacta de una ciudad, por fortuna, mucho más compleja y, a la vez, también mucho más sencilla, como cualquier otra ciudad —con verdadera solera— del mundo.

Pero continúo con mi historia personal, que, inevitablemente, tiene que ver un tanto con tu reportaje en cuanto —y como carezco del don de la ubicuidad— me declaras personaje sevillano, viviendo desde hace cuatro años —después de haber dado alguna que otra vuelta por el mundo, por el ancho y ajeno mundo— en Madrid, donde da la casualidad que, aunque de tarde en tarde, nos encontramos (en

una exposición de pintura, en la presentación de un nuevo libro —tuyo, mío o de cualquiera— entre los rojos reflejos de la decrepitud de los sofás y los taburetes de Oliver, o en el cóctel de una embajada, casi siempre la misma) para terminar hablando invariablemente de literatura, tema que continúa apasionándome y que a ti, presiento, parece causarte cierto desasosiego recordando quizá los dorados años de tu prosa diáfana y de tus agudas y finas observaciones sobre hombres, pueblos y paisajes de exóticas latitudes.

Siento muy de veras, Luis, que en el tercero y último de tus artículos sobre Sevilla hayas tomado el rábano por la hoja y pasado de rosca al añadirle el lamentable apéndice «quién es quién» en Sevilla, y que hayas defraudado la admiración que por ti tenía y buena parte de estimación literaria que por ti continué teniendo. Siento también muy sinceramente que durante tu estancia en mi ciudad —en la que, por razones obvias de explicar, continúo siendo un proscrito— no hayas advertido que existía otra cara de la moneda que no pudiste o no quisiste descubrir. En la Sevilla donde vieran por primera vez la luz Velázquez, Antonio Machado y Luis Cernuda, por no citarte medio centenar de otros nombres que no fueron catalogados ni entre las fuerzas vivas, las fuerzas muertas o las fuerzas embalsamadas, existen hoy muchos millares de sevillanos —imposibles de encasillar en tus «shows» celtibéricos— y que, en la mayoría de los casos desde donde las sombras, sin prisas, pero sin pausa, es posible que se encuentren forjando, casi sin saberlo, el futuro lleno de esperanzas de su propia ciudad.

¡Y pensar que en el fondo te envío esta carta abierta sólo por tu falta de caridad —valga la palabra—, al haber tenido la osadía de incluir en tu deplorable diccionario a Antonio, el pobre y tierno Antonio (tu Antonio Procesiones), que alegrará tantas tardes de primavera mis melancolías en los lejanos días de mi niñez!

Muy sinceramente, ■ ALFONSO GROSSO.

## FABULA DEL URBANISTA

«...Sostener la cualidad contra la cantidad significa únicamente esto: mantener en el inmovilismo determinadas condiciones de vida social en las que unos son la can-

tidad y otros pura cualidad. ¡Y qué agradable es considerarse representante patentado de la cualidad, de la belleza, del pensamiento, etc.! ¡No hay señora del bello mundo que no esté convencida de cumplir la función de conservar en esta tierra la cualidad y la belleza».

A. GRAMSCI



Erase una vez un cercano país en el que cada vez se hizo más frecuente comprar una casa antigua en el campo, conservar la concha y remodelar el interior. Frecuentismo; hasta el extremo de que entre sus habitantes por lo menos un uno por ciento lo hacía. Un sagaz y benéfico urbanista que pasaba por allí y se dio cuenta de esto, dijo: «Yo quiero un paraíso aquí y ahora», y empezó a trabajar.

Este urbanista puso todos los medios a su alcance para conseguirlo, ya que, como todo tecnócrata que se precie, pensaba que los problemas urbanos los podían solucionar los urbanistas, así como los económicos los economistas. Entre otros medios utilizó la prensa, y bajo la bandera del humanismo propagaba la creación del hombre renacentista en 1971. Aunque en sus polémicas confundió Barroco con Manierismo y utilizó citas del «filósofo» más reaccionario de la nueva mística californiana, sus afanes altruistas y científicos le impulsaron a mejorar la situación de los hombres partiendo de un acto de fe: el pueblo que pretendía transformar podía ser tan culto que fabricaría la ciudad del futuro de un modo bucólico, a ratos libres, a su propio gusto y, por descontado, individualmente; en esto y otras sutilezas basaba él la poética de la función urbana. En este país había aparecido ya una ley de educación que hacía posible las aspiraciones de este feliz urbanista que convertiría en más feliz aún (si es que esto era posible) al país en que vivía. Era el urbanista bueno.

Había, entre muchos en ese

país, otro urbanista malo, pesimista y feroz.

El bueno dijo que con sus teorías urbanísticas volvería el hombre del Renacimiento no para su élitico, sino para todo el mundo. Quizá por este motivo se apoyaba también en las teorías del más renacentista de los actuales arquitectos, Luis I. Kahn que decía: «Es el deseo y no la necesidad quien debe guiar el diseño. Por primera vez en la historia el urbanista dejaría de estar al servicio del poder para servir exclusivamente al HOMBRE. Eran opiniones del urbanista bueno que descubrió también, a partir de un filósofo clásico alemán (naturalmente anterior a Feuerbach), que un humanista, a la hora de crear una ciudad o trabajar sobre ella, podía «respetar todas las minorías», ya que en aquel país idílico, el capital privado, que a su vez era el principal urbanista, lejos de pensar en el incremento de sus dividendos, pensaba no sólo en las necesidades del ciudadano, sino también y especialmente en sus deseos.

Era el urbanista bueno. En sus polémicas utilizaba el término «categoría» con el más puro rigor del universal ontológico y lo hacía brillantemente sobre todo cuando lo aplicaba precisamente a los conceptos de necesidad y deseo.

El urbanista malo, pesimista, amargado y feroz, replicaba al urbanista bueno diciendo cosas de este jaez:

Una: «Las cosas no están aún como para que se puedan resolver los problemas urbanos a base de diseño, vaya éste guiado por el deseo o por la necesidad».

Otra: «Las minorías me importan un pimiento mientras las mayorías no tengan unas posibilidades económicas mínimas como para tener acceso a una vivienda digna (aunque sea sólo decente según criterios puramente técnicos y prosaicos)».

Otra: «Las villas antiguas remodeladas por dentro me ponen malo mientras no haya escuelas y campos de deportes para todo el mundo».

Otra: «La «categoría» del deseo me parece una solemne utopía ante la inmediatez de la necesidad».

Otra: «El rito y la poética urbana o constructiva son «categorías ideológicas» que vendrán a partir del mundo de la abundancia en el cual no estamos, evidentemente, ya que dos de cada tres habitantes del mismo no se mueven a niveles de deseo en algo tan tonto como comer, sino a nivel grave de necesidad y de hambre».

El urbanista malo siguió atacando el individualismo —exis-

tencial— aristocrático en todos los campos de la construcción sin darse cuenta de que los habitantes de aquel país en el que cada vez era más frecuente tener un chalet en el campo iban a echarse encima y a perjudicarle, como se dice en México.

El urbanista malo, amargado y mal patriota, siguió pensando y a veces diciendo que la solución al problema urbano no la iban a dar los urbanistas, y que el problema partía de una necesidad previa a todo rito, poética o deseo privado: había que colectivizar el suelo urbano y no simplemente urbanizar el terreno colectivo.

El urbanista malo se exponía a ser acusado de peor, pero como además era insolente, lo publicó en una revista de gran tirada.

El también sabía que la colectivización del suelo necesitaba otras colectivizaciones, pero eso no lo decía el muy rastreado.

El amargado aquél, aunque lo omitía en su réplica, lo que quería decir era que las relaciones urbanas y, por tanto, humanas estaban absolutamente mediadas por las famosas contradicciones del capitalismo que radican en rutinas políticas y económicas que son detentadas por el poder financiero, y, por lo tanto, es inútil todo arreglo o parche en el diseño urbano si antes no se han resuelto esas contradicciones. El arquitecto malo quería decir esto, pero, si-bilantemente no lo dijo.

Así siguieron las cosas; el bueno, con su buena fe, su ilusión de arreglar el mundo y su entusiasmo humanista. El malo, en cambio, negando toda posibilidad, destruyendo las sabias teorías de los nuevos genios del «styling» urbano una y otra vez. Aquello fue poco a poco tomando caracteres de noticia hasta que aquel pueblo feliz dijo: «¡Basta!».

El urbanista malo tuvo que reconsiderar sus principios, corregirlos y eliminarlos, cosa en la que felizmente empleó muy poco tiempo.

Al rectificar pudo, por fin, comprender al buen urbanista. Gracias a las presiones populares y científicas devolvió la luz a su razón, la serenidad a su espíritu, y fue y se compró otra caja de compases y un tecnógrafo moderno. Y fue muy feliz con todos sus compatriotas. ■ A. MIRANDA (Madrid). Sobre este tema: «La vivienda, función o rito: ¿Por qué se caen las casas?», Luis Racionero, (número 442). • «Arquitectura sin arquitectos», A. Miranda Mata, (número 446). • «Reencuentro: Arquitectura sin arquitectos y con arquitectos», Luis Racionero, (número 449).